

FUERTE
DE
CARCHUNA

EDITADO POR LA
SUBSECRETARÍA
DE PROPAGANDA

Delegación de Madrid

Madrid, 1938

Redactor literario: *José Estrada Parra*

ÍNDICE

A LA OPINIÓN PÚBLICA.....	3
Soldados de la República que con su heroísmo pusieron en libertad a los prisioneros...	4
Prólogo.....	5
INTRODUCCIÓN.....	6
En el Fuerte de Carchuna.....	7
Cuatro héroes.....	10
La evasión.....	12
Se informa al Mando.....	15
Gente leal	17
Se prepara la maniobra.....	19
Intento frustrado.....	21
Nuevos perfiles.....	23
En marcha.....	25
En la línea leal.....	27
El asalto.....	29
Justicia de guerra.....	31
Hacia Calahonda.....	33
Mientras esto ocurría.....	35
A las líneas leales.....	37
Palabras finales.....	38

A LA OPINIÓN PÚBLICA:

La Delegación de Propaganda y Prensa de Madrid se complace en recoger la iniciativa del XXIII Cuerpo de Ejército, que ha plasmado, con galana pluma, en este libro un hecho maravilloso de la epopeya que España está escribiendo con la sangre de sus hijos.

FUERTE DE CARCHUNA es el compendio del Espíritu que los hombres auténticamente españoles representan en estas horas trágicas para nuestra Patria.

Es preciso, pues, que la España leal, el mundo entero, conozcan la narración que en estas páginas se deja escrita. Por ello, la Delegación de Propaganda y prensa de Madrid hace suya esta obra, que pretende divulgar con el merecimiento debido.

Madrid, 9 de julio de 1938

Soldados de la República Española que con su heroísmo pusieron en libertad a los prisioneros asturianos

TENIENTES:

D. José Fernández Rodríguez

D. Nicolás Pérez Lupión

D. Luis Caballero Bravo

D. Bill Aalto

D. Joaquín Fernández Canga

D. Esteban Alonso Garcia

D. Cándido López Muriel

D. Secundino Alvarez Torres

DELEGADO POLÍTICO:

Juan Romero Cáceres

SARGENTOS:

D. Carlos Matych

D. Pavel Antos

D. Irving Goff

D. Valo Valtualinen

CABOS:

Eusebio Iranzo Herrera

Francisco Ferrus Galarza

Miguel Santolla Gallego

Juan Rubio Yelamos

Juan Olmedo Rodríguez

Francisco Gallardo Ramírez

Eulalio San José Vidal

Antonio Carmona Mejías

José Puerta Lorenzo

Antonio Barranco Domínguez

Antonio Ruiz Martínez

SOLDADOS:

Enrique Rodríguez Moreno

José Camalgo Martín

Francisco Maldonado Colvera

José Pizarra Fernández

Juan Rodríguez Moreno

José Casado Navas

Juan Yáñez Pretel

Salvador Garvin Garvin

PAISANOS:

José Lupiáñez Alvarez

Andrés Melero Ramos

Manuel Soler Soler

Prólogo

En estas páginas, ciudadano lector, hallarás fielmente reflejada la pequeña batalla de Carchuna, dada al fascismo por nuestro Ejército Popular para liberar a 308 soldados republicanos presos en el fuerte rebelde del mismo nombre.

Jamás creyó la Dirección del XXIII Cuerpo de Ejército que la España leal pudiera dispensar a nuestros Jefes, Comisarios, Oficiales y soldados muestras tan amplias de aprobación, ya que el esfuerzo realizado no rebasó las proporciones obligadas y mínimas que las circunstancias imponen a los soldados que luchan por la independencia de España.

Los hechos, tal y como ocurrieron, fueron entregados al Comisario de la 23 División, camarada José Estrada Parra, para que los envolviera en el bello lenguaje que le caracteriza entre los buenos escritores del antifascismo español. Para mayor veracidad de la crónica, nuestro Comisario artista se ha creído obligado a citar algunos nombres de participantes directos que para el confiado lector él supone de garantía o digno de merecerla.

En el curso del relato verás audacia, organización y disciplina, que por ser virtudes de nuestro pueblo no pueden estar ausentes del Ejército glorioso de nuestra independencia. Y verás también cómo el sentimiento nacional, el sentido de Patria y nacencia común que debe unir a todos los españoles frente al invasor no sólo impulsó a los embarcados en pos de la salvación de otros españoles, sino que les movió a tender la mano fraterna —salvo las excepciones obligadas y justicieras con los renegados por siempre— y llamar a una acción común contra los enemigos de España a aquellos compatriotas que, por el carácter primero de nuestra guerra, viéronse obligados a servir a los enemigos de España.

Rescatar a la Patria de sus invasores es la misión sagrada que la Historia, siempre sabia, ha confiado a la república. Acatarla, honrarla y servirla es, pues, hoy deber común de todos los españoles que sientan la honrada satisfacción y el legítimo orgullo de haber nacido en España.

¡Viva la República! ¡Viva nuestra independencia!

INTRODUCCIÓN

El Servicio de Información de nuestro Ejército nos trajo la noticia en la expresión silenciosa del secreto, pero montada en alegres alas de sorpresa: “A Motril han llegado varios cientos de prisioneros asturianos.”

Asturias y sus asturianos —sabemos por qué— llena a los españoles de emoción al conjuro del más insignificante recuerdo. Tan preñada está su historia de hechos salientes, de gestos varoniles, de épocas heroicas, de luchas generosas, de enseñanzas sublimes. Asturias ha sido siempre como una lección, en libro abierto, para los que anhelaban justicia mejor; los asturianos han sido siempre, asimismo, ejemplo magnífico para los enamorados de la Libertad.

Decir, pues, que en Motril había asturianos era tanto como una seguridad de acción maravillosa, como la certeza más firme de que un pedazo de nuestro Ejército Popular estaba situado en la misma retaguardia facciosa.

Esta idea, surgida por el mensaje de nuestros informadores, fue aferrándose a la mente de nuestros Mandos militares. Existía un hecho: asturianos prisioneros del fascismo en Motril. Con rapidez vertiginosa, propia de Mandos capaces, sobre el conocimiento del hecho nacía la decisión: ¡Hay que rescatarlos! Manos a la obra.

Un Jefe: como siempre, estaba presente. Un Oficial: como siempre, estaba a la orden. Un Comisario: como siempre, estaba decidido. Unos soldados: como siempre también, obedientes y disciplinados, se encontraban. Por encima de todos, presidiéndolos, un deber: España. Un trozo de Asturias se colocaba al alcance de una operación. Inteligencia y audacia hacían falta. Ambas cosas posee hoy, en grado sumo, nuestro Ejército. Demostrado está.

En las líneas que siguen se refleja letra a letra, paso a paso, con exactitud científica, con pretensión de narración histórica, la acción, un tanto aventurera y, por consiguiente, clásicamente española, que hubo de desarrollarse —el mar, la tierra, la noche, la inteligencia y el valor en maridaje de amor por España y por su independencia— para que trescientos cinco asturianos, hermanos nuestros, pudieran estar, como están hoy, contentos entre los suyos, alegres en su España, que se les antoja como aquella Asturias donde el clima moral permanente fue la enseña vigorosa de su historia de héroes.

EN EL FUERTE DE CARCHUNA.....

Asturianos prisioneros de los facciosos en el Fuerte de Carchuna, a unos kilómetros de nuestras líneas. El Mando lo sabe. El Mando no ignora nada. Su información es exacta. “¡Asturianos!, ¡Asturianos!” se repite asimismo el mando, como el pensamiento más tenso que le domina. Aun difusa, prevé una operación, un golpe, una maniobra. No hay duda alguna sobre lo que pensarán esos asturianos. Con hombres así, se puede contar para todo. ¡Son asturianos! ¡Son españoles! Y españolas las fuerzas leales. Español es el Mando. Se lucha por la independencia de España.

Transcurren los días. Como caballos de la obsesión galopan por el pensamiento ideas de audacia. Sólo una cosa, salida de la órbita de lo abstracto, se concreta en palabras. Esta: rescate, necesidad imperiosa del rescate. Nada tan fácil de concebir. Nada tan difícil de ejecutar. Pero no hay más remedio. La decisión es tan firme que rompe los frenos de la duda. Adelante. Es la decisión, que toma alma en busca del cuerpo de una realidad. ¡Adelante! Es España mutilada, en su afán de recobrase. ¡Adelante!....

* * *

El Fuerte de Carchuna está a cien metros aproximadamente de la costa. En él están poco más de trescientos asturianos prisioneros. La guarnición de vigilancia la componen un Alférez, varios Sargentos y veintitantos soldados. De cuando en cuando vigila también, en frecuentes visitas, las almas de los reclusos, un cura, que en pláticas “cristianas” suele decir a los asturianos que los rusos son muy malos, que los alemanes e italianos son muy buenos, que por las venas de nuestros camaradas no corre sangre, sino pólvora; que los ojos no ven más que cosas malas y que los oídos no oyen más que cosas perversas.

Los asturianos pensaban en la República, en España, porque por sus venas corría sangre española. Sus ojos no contemplaban más que la Naturaleza –tierra a un lado y mar a otro–. Sus oídos, imposibilitados ellos para comunicarse con otras personas, sólo oían al cura en sus pláticas “cristianas”.

La vida era dura. Al trabajo por la mañana, en la continuación de un campo de aviación en el mismo llano de Carchuna y en la carretera que se dirige a la posición enemiga del Conjuro. Trabajo custodiado. Después, a la prisión, asimismo custodiados.

El General faccioso Cabanellas visitó el Fuerte. Dirigió la palabra a los asturianos. Conviene consignar algunas de ellas. Dijo: “Estáis perdidos. Los rojos tienen ya perdida la Guerra.” Quince días después el General perdía la vida. Los “rojos”, como el primer día, seguían la lucha.

* * *

El Alférez encargado de la custodia de los prisioneros en el Fuerte era fascista. No necesitaremos gastar líneas en demostrarlo. Le habían dicho que el fascismo era autoridad. El Alférez, señorito adinerado metido a militar del crimen, tenía a sus órdenes unos soldados. Estimaba que los soldados eran iguales a los obreros que él poseía en los trabajos de labranza. Autoridad, mucha autoridad, es el fascismo.

Un buen día –mal día– se le atravesó un soldado de los suyos, del ejército fascista. No mediaron palabras. Un palo en la cabeza. Esta quedó abierta. Auténtico. Asturianos lo vieron. Asturianos lo vengarían. No hizo falta un acta donde quedase escrito el relato del crimen. Grabado con tinta de indignación quedó la estampa trágica en la mente de nuestros camaradas. De algunos Sargentos y soldados de la guarnición también.

De unos y otros, con los puños del corazón en alto, partieron miradas esperanzadoras hacia la zona leal, como la aguja que señala el Norte en la rosa de la Justicia.

* * *

Ha llegado al Fuerte un asturiano procedente del hospital de Granada. Se inquietan noticias por los compañeros del estado de la retaguardia facciosa, de lo que ha visto, de lo que ha oído. Con el sigilo natural van preguntando todos.

El que en el hospital dejó una enfermedad física, del hospital se trae una enfermedad moral, que no curan los médicos.

En el hospital había italianos, moros, españoles. A éstos, para distraerlos, se les entregaban folletos de propaganda editados por el Estado Mayor del cabecilla rebelde Franco. Uno de ellos cae en manos de nuestro camarada. Se refiere a Asturias. Empieza a leerlo con avidez, con ilusión, porque es de Asturias, de su tierra.

Leyéndolo, su fiebre aumenta. Pero es otra clase de fiebre. Sigue leyéndolo. Hasta el momento en que se queda frío. El folleto se cae de las manos.

Quiere protestar, gritar. No pudo ser. Hubiese sido peor. El folleto habla de Asturias, en la época gloriosa en que Asturias era nuestra. “Todas las mujeres de los asturianos –decía el folleto– están en manos de los extranjeros, de los rusos.”

Del subconsciente brotaban lanzas de razón, de verdad –Ni un extranjero, ni uno. Asturias, mi tierra, era defendida por mí, por los asturianos, ¡sólo asturianos!...

* * *

El Fuerte de Carchuna..... pasará a la Historia. ¡Cuánto contraste! Contra la mentira, la verdad. Contra la sinrazón, la razón. Contra la injusticia, la justicia. Contra los cobardes, los valientes.

La verdad, la razón, la justicia y la valentía estaban de nuestra parte.

Las armas.....

CUATRO HÉROES

Los transportaban hacia el Sur. De los campos de concentración de la fría tierra leonesa los asturianos iban hacia la ardorosa Andalucía. El Sur, con toda su belleza, podía significar la muerte, que daría remate a tantos sufrimientos. Pero en el Sur había también hermanos suyos, españoles, que continuaban la lucha, sin la angustiada estrechez de la zona norteña. Y el deseo, la idea fermentada en sus mentes al caer prisioneros en las montañas de Asturias, se iba afirmando y cobraba nuevos visos de esperanza...

Llegan a Motril los prisioneros. Esto les alegra. El mar azul les da fuerzas y esperanzas para olvidar el látigo que de manera continua les azota moral y materialmente. Miran hacia el mar..., hacia el Este. Allí están los suyos. La idea se va haciendo carne en sus espíritus heroicos.

Son llevados al Fuerte de Carchuna. Sol de plomo. Trabajo agotador en la construcción de un campo de aviación y una carretera militar. Mala comida, malos tratos, el cura...

Pero los asturianos lo resisten todo. Están más al Este. Más cerca de sus hermanos. Oyen de cuando en cuando el estampido del frente, ya cercano donde se lucha por España, por ellos...

Surge la decisión. Desesperada, suicida, gloriosa. Cuatro asturianos se conciertan para jugárselo todo. Todos quisieran participar en la aventura. Pero esto sería imposible. Caerían. Cuatro saldrán en busca de la muerte o de la liberación. Si tienen éxito, los prisioneros oirán tres solitarios cañonazos, que serán la señal de su próxima libertad. Porque los cuatro héroes van para volver. Se jugarán la vida dos veces. Volverán con fuerza nuestra para tomar el Fuerte, armarlos, y, ya todos juntos, arriesgar la carta final.

Son cuatro obreros asturianos, fuertes y decididos. Los cuatro eran Tenientes del Ejército Popular en la lucha asturiana. Bajo su roto vestido siguen siendo Jefes de sus compañeros. Y como Jefes, se jugarán la vida los primeros. Son: Joaquín Fernández Canga, de Sama de Langreo, mecánico, veintidós años robustos y audaces. Con los suyos, combatiendo palmo a palmo, en las brumosas montañas asturianas, con rabia, con desesperación, ante la aviación italogermana, avanzada del crimen, cayó prisionero en diciembre de 1937. Y así, Secundino Alvarez Torres, de Sama de Langreo, veinticinco años; Esteban Alonso García, veintitrés años, minero y Cándido López Muriel, veintitrés años, mecánico.

Animo tenso y pulso firme. Estaban otra vez en lucha. No conocían la región. Sólo sabían, y eso les bastaba, que cerca, algo más allá, tronaban los cañones leales.

Dos caminos tenían: el mar y la tierra. Los dos ignorados, los dos difíciles. Pensaron en las barcas pesqueras, que todos los atardeceres dejaban en la playa aquel montón de vida brillante y multicolor. Pero el mar era camino fácil de persecución y ellos... no eran marinos.

Se decidieron por la tierra. Ellos sabían de trochas, montañas y matorrales; ellos sabían de peñascos y de grutas. Ellos sabían matar y morir, notando en sus plantas el calor de la tierra española.

Faltaba elegir el momento. Hasta que una tarde...

LA EVASIÓN

Es difícil evadirse cuando se desconoce el terreno, la situación de las líneas. Pero hay que evadirse. O sublevarse. Esta idea de la sublevación prende primero en el prisionero Joaquín Fernández, hoy, ayer y anteayer Teniente de la República. Secundino, Esteban y Cándido –Tenientes de la España leal también– están de acuerdo. Son cuatro hombres. Pero un solo pensamiento, una sola voluntad. Interpretan a sus soldados. Aman a la carne de su propia carne, al alma de su propia alma.

Planean como altos Jefes militares, dueños de la razón táctica, del secreto de la estrategia. Escrito sobre la imaginación y el acuerdo van quedando formados los grupos.

–Yo me encargo de éstos y tú, de aquellos; tú...

Hay que estudiar a los guardianes, las horas de servicio, la disposición de los mismos. Hay que contar las armas, las municiones de que disponen. El material. Hay que trazar la maniobra. Conviene ir preparando a algunos. A un grupo de ellos, de los camaradas prisioneros. A cualquiera. Todos son de confianza.

Cada Teniente duerme en un dormitorio distinto. Cada Teniente tiene dos vecinos inmediatos: los que duermen a uno y otro lado. Con palabras imperceptibles casi, pues el silencio de la noche es delator a los guardianes, se comunican los deseos. Conforme. ¡Qué duda cabe!

En marcha todo, el recuento del material pone, por su escasez, una dificultad. ¿Superable? ¿Insuperable? Porque las vidas de los trescientos soldados valen más que las de ellos cuatro, deciden evadirse.

* * *

Joaquín Fernández no descansa, Ha de hacer forzosamente la vida de los demás: el campo de aviación, la pista... Pero como quien saca fuerzas de flaqueza, Joaquín ha de sacar tiempo para trabajar en lo suyo. Se esconde, se pierde, sube al monte. Ve el terreno. Dibuja. Un barranco. Aquella vaguada es protectora. El deseo de ver la línea era obsesión de antiguo. Desde que llegaron a Motril, antes de ser trasladados al Fuerte. Ya está cerca de la línea. El árbol, las palmeras, el matorral, el menor accidente del terreno quedaba dibujado. Había que salvarlo todo.

A la hora de costumbre, Joaquín está en el Fuerte con sus compañeros. Nueva

reunión. Conspiración. La emoción de aquellos momentos no ciega la clara visión de nuestros héroes, ni perturba la serenidad admirable de que son dueños.

Por la noche, nueva comunicación con los vecinos del dormitorio.

--*Nos evadimos cuatro.*

--*¿Os pasará algo?*

--*Nada puede pasarnos.*

--*¿Cómo lo sabremos?*

--*Los estampidos de tres cañonazos os dirán de nuestra presencia en la zona republicana.*

--*Bien. Pero yo también me voy –resolvían igualmente unos y otros.*

--*No es posible; sería peor. Disciplina –mandaban ya con cordialidad exquisita los Tenientes.*

--*Pero, ¿y nosotros? –inquirieron aún.*

--*¡Somos asturianos! –cerraban la conversación. Y por si quedaba aún alguna duda, nuestros Tenientes repitieron:*

--*¡Somos asturianos!*

Estaban en el patio. Era el día 19. Uno de ellos dijo al pasar: “¿Hoy?” Un “sí” de silencio y decisión contestaron las miradas de los demás. La suerte estaba echada. Adelante.

Logran salir; espaciados y mediante hábiles añagazas se reúnen fuera del Fuerte. Son las seis de la tarde. Marchan hacia el Oeste, en dirección contraria a la suya. Saben lo que se hacen... Cementerio de Carchuna. Se descalzan. Vuelven sobre sus pasos, ya definitivamente hacia las líneas leales...

Ojo avizor, sin armas y descalzos, marchan los asturianos –sombras en la noche— hacia la España leal. Alto. Una guardia enemiga. Silencio. Arrastrándose, rodean y dejan atrás un blocaz faccioso. El monte les espera acogedor. Líneas del frente enemigo. Seis horas de rastreo. Manos y pies sangrantes, aspeados, destrozados... Brillo en la mirada.

Un barranco estrecho en silencio absoluto. Tierra de nadie. Siguen adelante, ya confiados. Van ascendiendo la ladera opuesta. Algo se divisa confusamente. Un hombre; por tanto, un soldado. Debe ser centinela leal. Avanzan decididos y en pie. No podrían seguir arrastrándose. Los ve desde lejos. Confían.

Ya más cerca, gritan: “¡Viva la República!” “Salud, camaradas!”... El centinela está en guardia... “¡Alto!” “¡Levantad los brazos!” “¡Subid!”...

¿Quién podría subir una ladera casi escarpada, sobre el cansancio de horas de

incertidumbre y de rastrear, pecho a tierra, montañas pedregosas, con los brazos en alto? Sólo ellos. Subieron gritando vivas a Asturias y a la República, que pronto se confundieron con idénticos vivas de nuestros soldados.

Quien no lo haya presenciado no podrá imaginar jamás la emoción profunda que se siente, embargando, cuando un soldado de nuestras líneas abraza a un evadido del campo enemigo. No es para descrita. Besos, abrazos, regalos, preguntas, caricias. Todo es poco. Es más. Mucho más.

Entre los parabienes de unos y de otros, la clara sonrisa de la satisfacción y las palabras de amor entrañable: “Estáis libres; estáis salvados” –repiten los soldados de la 55 Brigada multiplicándose a sí mismos.

Pero otras palabras, tajantes y decisivas, de los cuatro héroes, aunque salidas de los labios de uno de ellos, ponen fin al diálogo.

--No. No estaremos libres y salvados hasta que libres y salvados estén los trescientos asturianos que aun quedan en el Fuerte de Carchuna.

Y una pregunta más:

--¿Dónde está el Mando? Indicadme: ¿Dónde está el Mando?

Eran las tres de la madrugada del día 20.

SE INFORMA AL MANDO

El Comandante Bárzana es el Jefe de la 71 División. El Comandante Bárzana es asturiano. Su ayudante, asturiano también. Bárzana es joven –de esa juventud que tanto prometía y que es hoy una realidad–, inteligente y apasionado.

Procede de Asturias, de la lucha, de la guerra del Norte. Tomó parte en todos los combates. Días duros, de gloria para nuestras armas. Días de avance. Días de repliegue, no menos gloriosos. Intervino con los suyos en empresas arriesgadas, de temeridad. El calor de su juventud era el calor que impulsaba a la lucha. Era calor de la nueva España. Moral de independencia patria en tierras de Vasconia, en las líneas montañosas, en los parapetos asturianos, en el frente granadino...

Bárzana sabe que hay asturianos en el Fuerte Carchuna. El es un Jefe y un asturiano también. Desde que se informa tiene esa preocupación. Carchuna, la costa, el mar, la montaña. Ideas, ideas. Sacarlos, sacarlos. La idea es el germen de toda obra a realizar. Es el principio. Bárzana puso la primera piedra del rescate de los asturianos. Pero Bárzana no se conforma con tan poca cosa. Pensando y pensando... se presenta la oportunidad.

* * *

Han llegado los evadidos a las líneas leales. Son llevados al puesto de Mando del 220 Batallón. Siguen los agasajos. Pero los evadidos están impacientes por hablar al Mando sobre algo que les hormiguea en la cabeza. La liberación de sus compañeros que quedan en el Fuerte.

Traslado al Puesto de Mando de la 55 Brigada y de éste al de la División, por la carretera que alarga sus kilómetros.

Han transpuesto, al fin, los umbrales del Cuartel General. Quieren ver pronto al Jefe de la 71 División. Pronto se hace presente el Jefe. Y, eléctricamente, no voces, sino gritos:

–¡Bárzana! ¡Bárzana! ¡Bárzana!
–¡Joaquín! ¡Secundino! ¡Esteban! ¡Cándido!

Abrazos prolongados. Ya es común la emoción. Los evadidos ven al paisano Comandante, Jefe de la División; al motor que pondrá en marcha sus deseos. Bárzana ve en los evadidos la oportunidad formidable y magnífica para desarrollar su idea.

Muchas preguntas, cambio de impresiones rapidísimo.

Si antes se les pregunta, antes contestan.

—¿Queréis volver?—dijo Bárzana

Un “sí” enérgico y alegre, rotundo y decidido, fue la expresión colectiva de los Tenientes evadidos.

—Hay que disparar tres cañonazos. Hoy mismo. Ahora mismo. Es la señal. La esperan nuestros camaradas, los camaradas de todos nosotros. Señal para ellos de alegría por nuestra evasión y de esperanza por su próximo rescate.

Presurosamente Bárzana dio la orden, que se cumplió momentos después.

* * *

Hay que poner en estudio la operación. Se decide dar cuenta de todo al Jefe del XXIII cuerpo de Ejército, Teniente Coronel Galán. Galán —digámoslo otra vez— es Jefe del XXIII Cuerpo de Ejército. No es asturiano. Pero es español. Y es un Jefe. La serenidad, el espíritu de precaución de éste, como Jefe superior, luchaba con la decisión impulsiva, la prisa, del propulsor de la operación, que era asturiano, el Comandante Bárzana.

Facilidades, obstáculos, pros, contras, jugaban allí, en el despacho de Galán en busca del acierto. Era una de las ocasiones en que necesariamente se tenía que producir el acuerdo afirmativo. Se barajaban datos, cifras, fuerzas, medios, modos. Todo abonaba el éxito. Galán tenía que decir que sí. Galán esperaba su momento, pleno de responsabilidad.

—Conforme —dijo—. Dentro de tres días.

—Dos días —continúa Bárzana.

Terminó Galán:

—¡Conforme!

* * *

Los cañonazos fueron disparados por nuestras baterías. Sus ecos, como nunca de alegría y de esperanza, resbalaron por las paredes del Fuerte de Carchuna.

* * *

La primera parte del plan estaba cumplida. Faltaba la segunda y más arriesgada: ir por los demás.

GENTE LEAL

¿Qué ocurría mientras tanto en el Fuerte de Carchuna? Es interesante. Angustias en unos. Buenos sentimientos en otros. Previsión y sigilo en los más. Temor en ninguno. Certeza de algo bueno, inconcreto, pero que tremolaba en el mástil de la seguridad.

La vida seguía haciéndose normal. Pero la realidad era distinta. Trabajo del campo, de la pista. Vigilancia. La visita del cura, que llevaba unas “doctrinas” para que las leyeran los reclusos.

--No digáis ahora que no sabéis leer. Y hay que comulgar. El que no quiera hacerlo, lo tendrá que hacer a la fuerza.

* * *

Rafael Guerrero Rodríguez, malagueño, de la quinta del 30, era Sargento de la guarnición del Fuerte. Fue arrancado del campo por las levas fascistas. Estuvo en Málaga, Vélez-Málaga y Orgiva.

El día 24 de marzo llegó al Fuerte. Era el día siguiente al que llegaron los asturianos. En el fondo seguía latiendo su amor por la causa republicana.

Otro Sargento, Salvador Rojas Rojas, de la provincia de Málaga. Igualmente arrancado del campo para empuñar un fusil de la traición. Ya llegaría su hora.

Otros tres Sargentos, republicanos de corazón, había en el Fuerte. Eran Francisco Roque Claro, José Muñoz Cuenca, que resultó herido por una bomba, y Francisco Gil Fernández.

La noticia de la evasión la tenían precisa los asturianos. Los Sargentos la tenían imprecisa. Guerrero, puede decirse, era el de más confianza para los asturianos. Era el de la buena iniciativa. El más precavido.

Encargados los Sargentos de pasar lista y dar la novedad al Alférez, pronto diéronse cuenta de la evasión de cuatro de los prisioneros. ¿Qué hacer? Para Guerrero existía una duda terrible. ¿Habrán pasado las líneas? ¿Serán detenidos? ¿Los matarán? ¿Tendrán, fracasado su intento, que volver al Fuerte? Esto último, sobre todo lo demás, le obsesionaba. Si esta circunstancia se daba, ¿qué hacer para salvarlos?

Pronto lo decidió. No pasar lista. Darse por ignorado de todo. Ponerse de acuerdo con los demás Sargentos de su confianza. Nadie sabe nada de nada. Esperar. Esperar.

La lista de aquella noche no se pasó. La de la mañana del día siguiente, tampoco se pasó. Sólo cuando hubo la seguridad de que los evadidos estaban en terreno firme y seguro, después de pasar lista, se dio la novedad al Alférez:

--*Faltan cuatro. Supónese se han evadido.*

El Alférez, el del palo en la cabeza del soldado fascista, preguntó a Guerrero:

--*¿Tiene usted sospecha de complicidad de algún prisionero?*

--*En absoluto. Todos son buenos chicos.*

* * *

No lo debió creer el Alférez. Este reunió a los prisioneros. Y les habló. Rogaba. Empezaba ya a ser vencido.

El Alférez, por su cuenta, desconfiado, pasó lista. Al contestar uno, éste salía de la fila para evitar confusiones, evitando que uno contestara por otro. Formaron todos. Hasta los de cocina y servicios. Tomaron declaración, sin resultado, a los que dormían al lado de los que huyeron.

Después el Alférez habló nuevamente a todos, diciéndoles que los huidos fracasarían en su intento, se les cogería y serían fusilados delante de todos para ejemplaridad.

Habló de los militares de la República. ¿Los ofendió? No ofende quien quiere, sino quien puede. El Alférez se dedicó, con palabras groseras, recogidas de su estiércol moral, a ofender a las madres de los militares republicanos. No sabía él qué cerca tenía la hora de rendir cuentas...

* * *

Los que se habían “ido” se dedicaban al trabajo intenso de preparar el rescate de sus compañeros.

¿De qué manera iban a ser fusilados por el Alférez?

SE PREPARA LA MANIOBRA

Aquel “conforme” de Galán planteaba una serie de cálculos. La decisión del Jefe pone necesariamente en movimiento una cantidad de resortes inimaginables.

La operación correspondía prepararla al Jefe de la 55 Brigada, Comandante Pedrosa. Este se encontraba en la sierra cumpliendo misiones de su empleo.

Bárzana, mientras tanto, imposibilitado para perder tiempo, actuaba.

El Jefe de la 71 División se hace acompañar de uno de los evadidos. Van al frente para estudiarlo. Miran a izquierda y derecha. La posición débil, el camino más accesible. Observan cuál es el más favorable.

Pero enfrente, allá lejos, levantándose de la propia llanura, está el Fuerte. El día es claro. Se divisa a la perfección. No sólo se ve el Fuerte. Se ven los prisioneros también. Salen a la llanura. Los forman militarmente. Se diría que están al alcance de la mano, cuando sólo están al alcance de la vista. Es que están al alcance de la ilusión...

* * *

Se contaba con los cuatro evadidos que conocían bien el terreno cercano al Fuerte y el camino hacia la libertad.

Había un Mando capaz y entusiasta. Se disponía –todo previsto– de guerrilleros audaces y soldados valientes.

Hay que estudiar bien la maniobra. De ella depende la vida de trescientos asturianos, de trescientos hermanos con cicatrices gloriosas en sus cuerpos y en sus almas libres.

Hay que contar con los medios materiales: las armas, las embarcaciones, un práctico de la costa, las horas oportunas para efectuar la maniobra.

Todo va combinándose. No se pierde un minuto.

* * *

Haría falta una Compañía para atacar por vanguardia la línea enemiga, y para desembarcar y atacar por retaguardia, una Sección.

Se estudia la combinación del ataque del frente enemigo por vanguardia para que coincidiera con la hora aproximada en que los rescatados estuviesen llegando a él, por la espalda, después de vencer la resistencia u obstáculos que en el camino encontrasen.

Hablan con el Jefe del 218 Batallón, que cubre el frente, don Rafael Barredo, y con el Capitán Corral, de la Compañía Especial de la 221 Brigada, que atacaría por vanguardia. Se tienen en cuenta todos los detalles. Estos Jefes y Oficiales se enteran de lo que se les expone. Lo estudian. Conformes. Todo rápido, todo veloz, pero todo seguro. Sobre la marcha.

Bárzana no descansa. Una orden: que se busquen inmediatamente dos lanchas. Otra orden: una Sección escogida para que efectúe el desembarco. Guerrilleros y soldados de la 55 Brigada. Será, pues, una expedición mixta.

Se calcula el armamento necesario. Fusiles ametralladores, bombas de mano... Todo a punto. Hacían falta armas cortas. Se piden al Cuerpo de Ejército. Este las facilita.

* * *

El Jefe de la División estudia con los ejecutores el plan conjunto de la maniobra. Se toma en cuenta todo lo que puede influir en el éxito de la misma. Se nombra al Jefe de la expedición: El Teniente Bill. Se nombran Jefes de grupo.

Al de la expedición, Bárzana le ordena:

—*Tú harás esto*— al mismo tiempo que le refiere paso a paso la misión total a cumplir.

A los Jefes de grupo les pregunta:

—*¿Tú qué vas a hacer?*

—*¿Y tú?...*

—*¿Y tú?...*

Todos se explican. Todos saben bien cuál es su misión.

Está trazada la operación totalmente por el Jefe de la 71 División. Se propone ahora al Jefe de la 55 Brigada, Comandante Pedrosa. No se pierde el tiempo.

—*Conforme*

Manos a la obra.

INTENTO FRUSTRADO

Todo está ya listo. En Castell de Ferro, el pueblo luminosamente blanco más cercano a nuestro frente, están preparadas las dos embarcaciones. La tropa expedicionaria está dispuesta.

Es la una de la madrugada de una noche de aventura y esperanza.

En una de las motoras embarcan el Jefe de la expedición, Teniente Bill; el Teniente evadido, Joaquín Fernández; un soldado de la 55 Brigada y tres guerrilleros.

En la otra, el Teniente Ayudante de Bárzana, José Fernández Rodríguez; los tres restantes Tenientes evadidos, un Teniente de la 55 Brigada, varios guerrilleros y soldados.

En total, unos treinta hombres. Solos, se lanzan hacia una empresa peligrosísima. Para ser fuertes en número, cuentan con los trescientos asturianos del Fuerte, para los cuales llevan armas. Tienen que tomar antes el Fuerte, rescatarlos y entonces emprender la aventura de atravesar el territorio enemigo y romper el frente amenazador y lleno de posibles emboscadas.

Sale la primera lancha, rumbo a la lucha.

En este momento la segunda sufre averías en el motor. Disgusto. Nerviosismo. Viene en ayuda otro conductor mecánico. Se repara la avería. Sale, por fin, la embarcación, siguiendo la ruta de su hermana, que ya se ha perdido en el oscuro horizonte nocturno.

La lancha última navega cerca de la costa. Pasa frente a un pueblecito que suponen sea Calahonda. Siguen hasta la altura de Almuñécar. Aquí el práctico se da cuenta de su error. Había tomado Motril por Calahonda. Marcha atrás.

Se llega frente al llano de Carchuna, lugar señalado para el desembarco. Pero no se divisa la primera embarcación. Están dando bordadas hasta las tres de la madrugada, sin resultado. La primera lancha no se divisa. Deciden emprender el regreso a la base. Se acercan mucho a Calahonda. Tampoco hay rastro. Se dirigen rectos hacia Castell. Al llegar, los reciben el Jefe del Cuerpo de Ejército, Teniente Coronel Galán; el Jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército, Teniente Coronel Forés; el Comandante del 218 Batallón, Rafael Barredo. Este Mando, como era natural, estaba indignado, suponiendo quizá que abandonaron a la primera, que aún no había vuelto.

–Tú eres el culpable de todo– dijo Galán al Teniente Ayudante del Jefe de la 71 División.

Que no era culpable lo decían la sinceridad de sus palabras al contestar, con indignación de niño bueno:

–No, mi Teniente Coronel. Los he buscado.

Y agregó:

–No los encontré. Ahí está la gente, que puede hablar.

Se les desarmó. Se les encarceló.

Los soldados decían:

–Nosotros no somos cobardes. Estamos dispuestos a ir otra vez.

No se desarma y encarcela a los soldados por cobardes, no. Otra razón militar de peso justifica la certera medida del Mando. El golpe hay que darlo. La maniobra tiene que desarrollarse. Los asturianos han de ser rescatados. Y cuanto antes.

Lo que había pasado no podía divulgarse. El secreto militar de la operación, del cual dependían las vidas de los asturianos del Fuerte, obligó a tomar la medida. No podía divulgarse nada. Los soldados –que se sepa– no son cobardes. Pero los soldados saben ser disciplinados. Obedecen al duro mandato. Los Mandos siempre saben más.

Vuelve la primera embarcación. Navegó sin cesar de un sitio a otro. El retraso que sufrió la segunda en salir, la distancia que las separó, una desorientación en el navegar, la obscuridad extendida, les impedía verse y, por tanto, reunirse.

Había fracasado el primer intento.

NUEVOS PERFILES

El Mando estudia y decide la organización de otra salida. Hay que evitar nuevos tropiezos, que podrían ser fatales. Se prepara todo para el día siguiente. ¡Qué veinticuatro horas!

Un enlace, llamado León, muy serio él, le dijo al teniente Ayudante de Bárzana:
–*Vamos al Cuerpo de Ejército.*

Había que repetir la suerte. Pero ahora con éxito. El Teniente Ayudante tenía la misión nada menos de dirigir el asalto al Fuerte de Carchuna.

Regresó a su sitio. Los comentarios discretos naturales.

Durante el día se hace alguna que otra modificación entre los expedicionarios. Se quitan algunos. Se agregan otros. Alguien dijo:

–*Entre los treinta, un Comisario.*

Voluntariamente surgió uno.

–*Yo– dijo secamente.*

Era el Comisario de una Compañía de la 55 Brigada, camarada Romero.

A las diez de la noche del día 23 ya están metidos en una barca los expedicionarios. Un Sargento pasó lista. Estaban todos. El Jefe de la expedición y un Sargento dieron la novedad, diciendo que había algunos, casi todos mareados. El mar, que estaba enfurecido y travieso, hacía de la embarcación un juguete. Saldrían todos mareados.

Bárzana no estaba ya para dificultades:

–*Si están mareados, que sigan mareados. En el llano de Carchuna se refrescarán cuando desembarquen.*

Se acercaba la hora de la partida. Faltaba aún otra barca. No había disponible.

Bárzana ordena al enlace León:

–*Busca un bote, o cualquier cosa.*

Traen una lancha de remos. Se ata con una cuerda a la otra motora. Son ya inseparables. En la de remos montan varios soldados de la 55 Brigada, el Teniente evadido Joaquín Fernández, dos guerrilleros y el Comisario Romero.

En la motora, el Jefe de la expedición, Teniente Bill; el Ayudante de Bárzana, y quince soldados.

El mar se había aquietado imperceptiblemente.

Todos embarcados. La suerte, nuevamente, estaba echada. Con rumbo a la aventura, puños en alto, en la mente las ideas de liberación, las barcas, más que al impulso del motor mecánico, empezaron a surcar al impulso de los corazones de los expedicionarios.

EN MARCHA

Las embarcaciones van cargadas de moral combativa. Con esa moral sobre ruta segura, se llega bien a la altura del Faro de Sacratif, cuyos destellos de siempre no iluminan, desde que estamos en guerra, un sector distinto del paisaje, como en los tiempos de paz. En un sitio muy cercano está fijado el lugar del desembarco. Ha llegado la hora. Pero la barca motora no puede atracar. No puede. Ha de hacerlo la de remos. Esta volverá varias veces, las que sean precisas, para recoger al resto de los expedicionarios, al material.

Los primeros en desembarcar de la barca de remos son: Joaquín Fernández, Secundino Alvarez, Esteban Alonso, el Comisario Romero, dos soldados de la 55 Brigada y tres guerrilleros. Vuelve la barca por otros y embarcan el Jefe de la expedición, guerrilleros y soldados de la 55. Atracan. La motora, que se ha decidido atraque también, pues el tiempo apremia, tropieza con unas rocas. La barca de remos, que sale a su encuentro, también va a dar contra las rocas mismas.

Los que quedan sin desembarcar no tienen más que un recurso: tirarse al agua. Así lo hacen. Agua al cuello –al cuello mismo–, se dirigen a la costa. Idas y venidas. El material hay que desembarcarlo también. Agua al cuello. Todos chorreando. Tiritaban de frío sobre la costa enemiga. Del material surgen dos botellas de coñac. Se consumen. La reacción es inmediata. Todos contentos y decididos. La playa, solitaria. Nadie ajeno a nuestros combatientes había divisado nada.

En tierra firme, en tierra del enemigo, había que hacer cumplir la consigna heroica:

–Las barcas que regresen a sus bases. No nos harán falta. O vencemos o morimos.

Las barcas, en efecto, por idéntica ruta, regresaron a la base leal de Castell de Ferro.

Secundino, uno de los Tenientes evadidos, dice:

--A ver: dos enlaces conmigo para ver la chabola de los carabineros.

Esta chabola está un poco antes del Fuerte. Secundino, como el resto de los Tenientes evadidos, conoce bien el terreno. Van. La reconocen. No encuentran en ella a nadie. Es la primera precaución. Se decide meter en la chabola todas las bombas. Trescientas cincuenta, aproximadamente.

Con Joaquín, otro de los Tenientes evadidos, van dos guerrilleros, un tirador y un enlace. Llevan su fusil ametrallador. Su misión es cortar los hilos del teléfono.

Tres guerrilleros y dos soldados fueron a vigilar la carretera que parte del Fuerte al puesto de mando enemigo.

Dos guerrilleros y un Teniente de la 55 Brigada –Pérez Lupión–, con un fusil ametrallador, se colocan hacia Calahonda.

Faltaba el grupo asaltante. El Jefe de la expedición, el Teniente Bill, dijo al Teniente Ayudante de Bárzana:

–¿Sabes cuál es tu misión?

A lo que contestó resuelto:

–Ir a asaltar el Fuerte.

El ataque quedaba organizado.

Mientras tanto...

EN LA LÍNEA LEAL....

En la línea leal –primera línea– el reloj de la incertidumbre avanza mucho más que el reloj del tiempo. Los oídos están vigilantes. La duda balancea por todos los cuerpos. Las miradas, en el horizonte oscuro, están fijas. Quieren penetrar en lo impenetrable. No hay que desesperar. Sin embargo, a todos les parece descubrir el apuntar del día. Mas quedan todavía varias horas de la noche. Durante ellas ha de desarrollarse todo.

Las órdenes estaban dadas con exactitud cronométrica. Sobre el plano, habían corrido los instrumentos científicos, midiendo distancias, calculando hasta el último metro del terreno para asegurar también hasta la última gota de la preciosa sangre asturiana.

Entre nuestras posiciones y las facciosas, en la tierra de nadie, dos barrancos se extienden, dificultando uno de ellos el camino de los fugitivos. Frente a nuestras líneas está el de Rijana. Más allá, el de Torilejo, y delante del de Vizcaína están las posiciones enemigas. La blanca cinta de la carretera atraviesa al de Torilejo, serpenteando por el sur de este escenario de guerra.

La Compañía Especial de la 221 Brigada, al mando de su Capitán, Corral, y con su Comisario, Víctor Ballesteros, pasado el barranco de Rijana, se coloca ante el de Torilejo, estableciendo allí su base de partida para el ataque. Tiene orden de realizarlo tan pronto oiga el fuego que sobre Calahonda harán los asturianos. Despejará su camino, apoderándose de las posiciones enemigas del barranco Vizcaína. Tiene gran importancia su misión. Las máquinas enemigas baten el puente de la carretera sobre el barranco Torilejo, y sus balas llegarían, asesinas, a destruir vidas y esperanzas. Hay que destruir los nidos de estas máquinas por encima de todo; los destruirán. La Compañía Especial, con sus bombas de mano, espera los tiros de Calahonda, que serán la señal de su ataque.

La ilusión, la esperanza, la seguridad, flotaban en el ambiente. Al fracaso nadie se entrega.

Siguen transcurriendo los minutos. Por un segundo debiera ser de día. Ver, saber. Luz durante un momento. La noticia, la información. Una señal indicadora de la actuación. Todo se ignora hasta el momento. Se hacen los cálculos. Salieron a tal hora. Se preveen ciertas naturales dificultades. Seguramente nadie piensa en las rocas, en el agua hasta la garganta de los expedicionarios. No corría tanto el tiempo. Pero cada minuto era una hora cuando menos. Para comprender estos momentos hace falta vivirlos.

Impensadamente, cuando se hacían los cálculos más inverosímiles, las embarcaciones llegan. Ya hay luz, ya es de día en los cerebros. Sin que hable nadie, sin que informe nadie, se sabe que otra etapa de la arriesgada empresa de libertar a los asturianos está cumplida gloriosamente.

–Han desembarcado. No cabe duda. Ya están ante el Fuerte.

–¡Viva la República!

José María Galán, Jefe del XXIII Cuerpo de Ejército, y su Comisario, Areste; Comandante Pedrosa y Comisario Barberá; Bárzana y Piñero; otros más, están en primera línea. En el mástil de la seguridad sigue ondeando la bandera de gloria. Han desembarcado. Ya se habría iniciado.

EL ASALTO

El grupo asaltante, al mando del Teniente Ayudante de Bárzana, marchó, optimista, hacia el Fuerte. Previamente el grupo quedó dividido a su vez en tres. Uno lo mandaba Secundino con los soldados. Otro, Muriel, con tres soldados también. El otro, Esteban Alonso, con tres soldados igualmente.

Se adelanta hacia el Fuerte en columna de a uno. Ya en las proximidades, el Ayudante da la orden de “cuerpo a tierra”. Manda que la gente siga a los Jefes nombrados. Los soldados obedecen. Se acercan al muro del Fuerte sin que nadie se dé cuenta. Se da la orden de cercar todo el edificio para que nadie pueda escapar. En un chaflán está la cocina. En él se guarecen los cuatro jefes. Ven venir hacia él a un asturiano tapado con manta. No se divisa ningún centinela. Uno de los Jefes se acerca al asturiano. Y le pregunta:

–¿Tú eres asturiano?

Este reconoció la voz de su paisano.

–*Me cachi en diez* –contestó lleno de sorpresa–. *¿Venís desde Asturias andando?*

–*¡Calla!*

Ahora, hacia la puerta central del Fuerte.

Dos centinelas enemigos.

–*¡Alto!* –dicen ya los nuestros–.

A los centinelas se les cae el fusil de las manos. Ponen, en efecto, los brazos en alto. Los nuestros saben mandar.

–*¿Quién hay más de centinela?*

Nuestros dos primeros prisioneros declaran:

–*Allí fuera hay uno.*

El Teniente Muriel va en su busca. El centinela lo ve y hace mención de disparar. Muriel, más rápido, le hace fuego. Lo hiere en las piernas. Allí quedó.

Ha empezado el fuego. Ya es todo rapidísimo.

Joaquín se había unido al grupo. Había quedado cumplida su misión. Las líneas telefónicas, cortadas. Ocho hilos. Todos, cortados. Cuando va hacia el grupo, a diez

metros, un disparo de un centinela. La bala le pasa entre las piernas. Pudo quedar muerto. El centinela carga otra vez. Joaquín tira al suelo el fusil ametrallador que llevaba. Era la lucha cuerpo a cuerpo la que se imponía. Avanza rápido sobre él. Con una mano desvía el cañón del fusil enemigo. Con la otra aprieta la garganta del centinela, que momentos después dejaba de serlo. Juntos los Jefes, vencida la guardia de fuera, ha llegado el momento. Nadie se ha puesto de acuerdo. Pero a la vez, como si fuera una sola voz, gritan:

–¡Viva la República! ¡Salud, asturianos! ¡Aquí estamos nosotros!
Nadie contesta ni sale.

Secundino, Esteban y el Ayudante entraron en el Fuerte. Se dirigen a la habitación del Alférez y de los Sargentos. Abren las puertas y enfocan con sus linternas.

El Alférez se entrega. Los Sargentos dormían juntos en un cuarto. Despertaron sobresaltados. Gritos. Vivas. Pisadas fuertes. Montan el cerrojo. Una voz conocida, la de un Teniente evadido, dice:

–*¡Guerrero, salte, que no te pasará nada!*

Guerrero sale. Algunos de los que quedaron en el cuarto dispararon hacia fuera, sin consecuencias. Creían que era una emboscada fascista. Los nuestros disparan también un fusil ametrallador, y siguen sin entregarse. Se meten debajo de la cama. Se lanza una bomba. La detonación los vuelve locos. Después van saliendo, manos arriba. Quedan detenidos.

Se va penetrando en las demás habitaciones. Los soldados de la guarnición se van entregando.

Los asturianos, que ya se han dado cuenta, gritan:

–*¡Viva la República! ¡Viva Asturias!*

Querían salir.

–*Esperad* –se les ordena–. *Cuando termine el fuego.*

Pero salen. Y se abrazan a los salvadores. Momento de emoción indescriptible. Quedan muchos más.

El griterío es enorme. Se oye decir:

–*¡Ya están aquí nuestros salvadores! ¡Esta es la nuestra!*

El Fuerte de Carchuna ha sido dominado.

JUSTICIA DE GUERRA

La heroica serenidad de los nuestros sigue adelante, sin perder detalles. La justicia de guerra. Los detenidos han sido puestos en fila en una habitación por orden del Jefe del asalto. Hay que investigar quiénes son los Sargentos, quién es el Alférez.

Pregunta:

–*A ver, ¿quiénes son los que hay que fusilar?*

Nadie contesta.

–*¿Todos sois adictos a la República?* –inquire otra vez el Ayudante de Bárzana, Jefe del asalto triunfante.

Son llamados tres asturianos. Nuestra justicia de guerra es la justicia del pueblo. Los tres asturianos llegan. Van a decir lo que los detenidos se callaban.

–*¿Quiénes son los verdugos del Fuerte?*

El índice de esa justicia del pueblo, rápida y segura, señala:

–*El Alférez, tres Sargentos, el Cabo furriel. Los demás, en libertad; es decir, en camino de liberarse.*

Son cinco los condenados. Estas sentencias no admiten indultos. Es la justicia misma.

Los condenados se atreven a hablar:

–*¿Qué vais a hacer con nosotros?*

Son los tres asturianos los que contestan:

–*Ahora os acordáis! ¡Cuando pegaban con palos, no! ¡Cuando abrían la cabeza del soldado fascista, no! ¡Cuando mermaban el rancho, en negocio vil, no! La hora ha llegado.*

Los arriman a la pared. Ante ellos, los cuatro Jefes del grupo y el Comisario Romero. El Alférez da un viva a la República. Los asturianos le echan en cara su conducta. Se hace fuego. Caen, desplomados, cuerpo a tierra, los tres Sargentos y el cabo.

El Alférez huye. Sale del Fuerte. ¿Adónde irá? Lo siguen dos camaradas nuestros.

Le dan alcance. Gime, suplica, habla de sus hijos. Aquel que días antes groseramente, insultaba a las madres de los militares republicanos, muere dando un viva a la República.

—¡Cobarde!

Ya estaba liquidado aquello. Pero no había tiempo que perder. Ya podían salir todos los asturianos. Salió el Teniente de Artillería prisionero Gabino García Díaz, que estaba de acuerdo con los evadidos que conspiró con ellos antes de la evasión. Fue el primero que oyó voces en la noche. Poco a poco más fuertes. Ruido en las puertas. Los disparos. Gritos de ¡Viva la República! Y ¡Viva Asturias! Que resonaban dentro de aquellas odiosas paredes. Fue el primero que contestó con locura de entusiasmo y alegría. Los demás durmientes se dieron cuenta. ¡Han venido! Abrazos. Vivas, más vivas....

Nunca habían tenido un despertar como aquél. El grito de: “Asturianos, estamos aquí para salvaros!” fue el que les hizo romper su sueño pesado de esclavos del trabajo y el que les hizo buscar, nerviosos, con prisas locas, sus pobres ropas de reclusos.

* * *

Se repartieron los prisioneros los 32 fusiles de la guarnición. Las manos de los asturianos volvían, al cabo de tantos meses, a acariciar armas de libertad.

El Teniente Ayudante, Jefe del asalto, pide cuarenta voluntarios de los asturianos, y se presentan todos. Se manda a veinte de ellos por las bombas, que seguían en la chabola de los carabineros, y que se reparten entre cuarenta. Las bombas de mano las recibieron con ansia, con la mirada dura....Volvían a la lucha.

Alguna creyó que en la orilla del mar había embarcaciones para transportarlos a la zona leal. No había tal.

El Jefe de la expedición leal, formados todos en columna de a tres, da la orden:
—¡Ahora, a jugarnos la vida todos juntos! ¡A romper la línea enemiga! ¡A buscar la línea leal! ¡Viva la República! ¡Viva Asturias!
Cantando himnos de Libertad, la columna se pone en marcha....

HACIA CALAHONDA

A vanguardia marchan los fusileros y granaderos.

A unos 800 metros ya de este pueblo, pasan al abrigo de un cerro próximo. Allí se guarecen entre palmeras. Salen en exploración dos guerrilleros y el Teniente Lupión.

Pronto regresan e informan de que hay guardia enemiga en la carretera, en la entrada del pueblo.

Se nombra jefe del grupo de fusileros y se ordena cubrir todo el frente hasta cerca del mar. Se agrupan 14 granaderos que, con Secundino y el Teniente Ayudante, suben al cerro, situado encima de Calahonda. Observan cómo patrulla la Guardia civil por las calles del pueblo.

Nuestras fuerzas se aproximan al pueblo. La Guardia Civil, que los ha avistado, se parapeta en un cortijo a la salida del pueblo.

Mientras, el resto de la fuerza ataca las guardias de la carretera con bombas de mano. En pleno combate se oye a un Jefe enemigo:

–Llamar a Motril a ver qué hace ese batallón!

Un fusil enemigo, desde la carretera, seguía disparando. Unas bombas leales y desaparece. Nuestras fuerzas de la carretera coronan una loma a la entrada del pueblo; dominan la carretera.

Un ¡Viva la República! Y avanzan.

Otro ¡Viva! Y la carretera es nuestra.

Ya no queda enemigo.

Nuestras fuerzas entran en el pueblo de tres en fondo, desfilando y cantando los himnos leales. La gente se agolpa. Mujeres y niños –hombres no hay– marchan detrás, aclamándoles. Se oyen expresiones como ésta: “¡Y luego dicen que los rojos perderán la guerra!”

El grupo del cerro baja y espera, a la salida del pueblo, a los hombres de la carretera. Mandan tres enlaces a Calahonda por si había quedado allí alguien.

Quedaba el enemigo tradicional: la Guardia Civil.

Esta avanza del cortijo hacia nuestros hombres. Otra lucha. Cae muerto un asturiano. Redobla la lucha. El enemigo se ve vencido; unos guardias huyen; otros siguen resistiendo. Ataque a fondo de los asturianos.

Otra baja. El Teniente libertado del Fuerte, de aquella prisión, africana en el ambiente y nazi por el trato, el gran artillero del Norte, Gabino García Díaz, caía muerto por las balas asesinas de la Guardia civil de Calahonda. Era la última víctima del fascismo en aquella aventura.

Caen todos los Guardias civiles.

Ha terminado el obstáculo de Calahonda.

MIENTRAS ESTO OCURRÍA....

Mientras esto ocurría, en la línea leal la Compañía Especial de la 221 Brigada esperaba, impaciente hasta la desesperación, la orden de ataque.

Bárzana, más impaciente aún. Los demás Jefes, lo mismo. No se podía dar la orden de ataque. Se sabía que el enemigo tenía dadas órdenes de retirar los prisioneros en cuanto sintiesen jaleo en las líneas. Y la duda era terrible. ¿Habrían cortado las comunicaciones? ¿Habrían tomado el Fuerte? La señal de ataque de los soldados de la Especial estaba determinada por el ruido del fuego que hiciesen los rescatados al intentar avanzar y romper resistencias. No se oía nada. Las cuatro y media de la madrugada.

No hay indicio ninguno de lo que se espera. El lejano horizonte permanece silencioso. Bárzana, el Comisario del Cuerpo, Areste; el Comandante Pedroso, Barberá..., todos están atentos e impacientes. Bárzana ordena que la Compañía Especial ataque las posiciones enemigas a las cinco, pase lo que pase. Hay que auxiliar en todo caso a los asturianos y abrirles camino.

Pero, faltando quince minutos para la hora indicada, los ecos montañeros traen el estampido rotundo del combate en Calahonda. Los asturianos están al llegar por retaguardia al frente enemigo. La señal de ataque está dada. Bárzana da urgentemente la orden. La Compañía Especial avanza. Las verticales escarpaduras del Torilejo impiden el asalto de frente. El Capitán Corral telefona en ese sentido a sus superiores. Estos ordenan se rodee, se avance por donde sea, pero que se tomen los reductos enemigos. El Comisario Areste se une al Capitán Corral para controlar la operación. La Especial, dando un rodeo, realiza el asalto. Caen siete hombres, uno de ellos herido de muerte, pero la posición de la derecha ya es nuestra.

Había llegado un poco antes el primero de los fugitivos. Un guerrillero. El Mando ordena que este hombre y una Sección del Batallón 218, con dos fusiles ametralladores, se sitúe más allá del barranco de Torilejo, para dominar con sus fuegos las posiciones enemigas que baten el puente, protegiendo así la retirada.

Mientras, el grupo asturiano que viene por el monte toma con bombas de mano la posición facciosa de la izquierda, la que bordea la carretera. La posición del centro cae sola. Todo va bien. El Mando recibe información concreta y exacta cada minuto.

El Comandante García, Jefe del 220 Batallón, que cubre el sector vecino, realiza esta importantísima función de informar con pleno acierto.

Un arco de fuego, como un arco de triunfo, protege el camino de los evadidos del Fuerte. La línea enemiga se ha roto, resquebrajada por la decisión de los soldados

leales.

Los asturianos pasan ya por el puente del Torilejo y después se internan por un camino de evacuación hacia nuestras líneas.

Los facciosos vuelven a ocupar la posición de la izquierda, la cercanía a la carretera. Ya, aunque batan el puente, de nada les vale. Pero dominan también una curva, que más allá del puente, ya cercana a las líneas leales, hace la carretera. Entre los evadidos marcha en último lugar un grupo con heridos. Estos no pueden internarse por el camino de evacuación. Atraviesan esta curva bajo una lluvia de balas. Por fin, el último de los fugitivos pasa la curva. Están en salvo.

La Compañía Especial y la Sección de fusileros del Batallón 218 se retiran en perfecto orden y castigando duramente al enemigo. No sufren bajas. La operación ha terminado con pleno éxito.

Nuestros soldados y los asturianos se abrazan a los acordes de un himno glorioso...

A LAS LÍNEAS LEALES...

Los asturianos, divididos en dos grupos, avanzan hacia las líneas leales.

Toman por sorpresa un bloque enemigo. El grupo que, avanzando por el monte, protege al de la carretera, rinde una posición enemiga situada sobre ésta. Una ametralladora enemiga, que molestaba con su tictac de muerte, es volada con una bomba de mano.

En el combate se pasan a nuestras filas un Cabo y un soldado enemigos.

Por retaguardia, otro grupo de héroes defiende las espaldas de posibles sorpresas.

La columna rompe el frente enemigo.

Vivas a la República. Algunos grupos de enemigos, desesperados, lanzan bombas de mano, pero ya el boquete está abierto. Se oye el ruido de un fuerte combate un poco más allá, hacia la derecha del frente enemigo. Las tropas leales han sabido ayudar.

La columna asturiana sigue por la carretera. Las posiciones enemigas, que han quedado atrás, enmudecen. Pasan el puente sobre el Torilejo. Se internan rectos hacia las líneas leales por un camino de evacuación. Han ganado la partida.

El último grupo, con algunos heridos, tiene que pasar por todo lo largo de la carretera. En una curva sufren las balas asesinas del enemigo, que, ya rehecho, se coloca otra vez en sus posiciones.

Tierra leal. Abrazos, vivas. El Teniente Coronel Galán, el Comisario del Cuerpo, Areste; el Comandante Pedrosa, su Comisario y Ayudante, Bárzana y su Comisario, los Soldados. Todos. Todos se funden en auténtica emoción española. Los asturianos se abrazan entre sí, abrazan a los demás. Alegrías, sonrisas, satisfacción. España parece mayor. En efecto, lo es. ¡Viva España!

PALABRAS FINALES

Días de esplendor, de triunfo, de gloria.

Más órdenes: las que corresponde a un Mando republicano.

A la retaguardia. Que se duchen, que se vistan, que coman.

La noticia llega a la retaguardia, a los frentes cercanos. La población civil se enardece. Sale a las calles a recibirlos. Regalos. Flores...

En los frentes, los combatientes saltan de alegría. Al Mando, por medio de sus Comisarios, le piden combatir.

Se inician las suscripciones. Pronto alcanzan cifras incalculables de miles de pesetas. ¡Para los asturianos, para los asturianos!

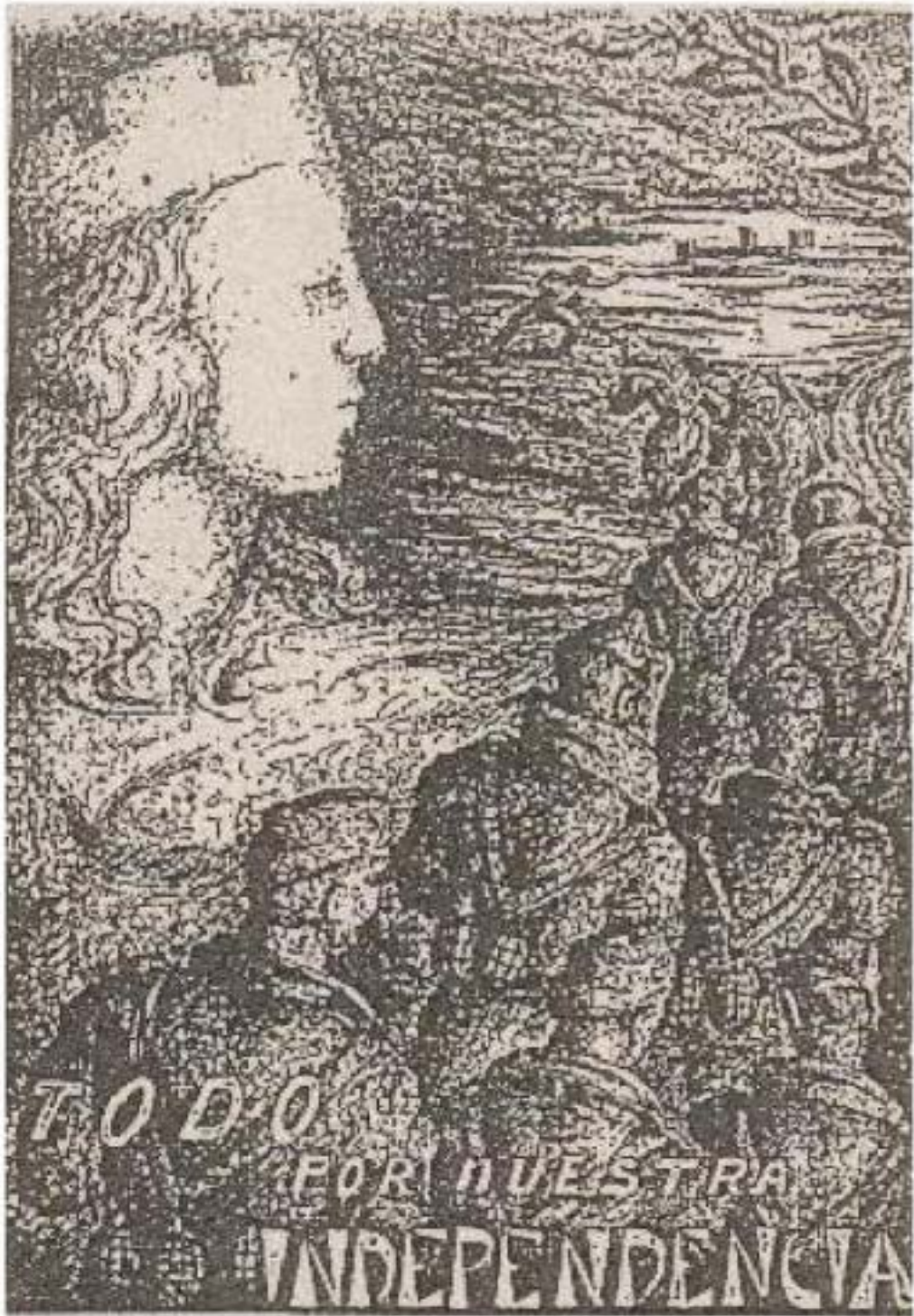
En Berja son alojados en el magnífico edificio de la Ermita. Aquello es un hormiguelo. Allí, Jefes, Oficiales, Comisarios, soldados. La población civil. La alegría. La banda del Cuerpo de Ejército no descansa. Aires regionales. Discursos. Palabras cálidas. Cariñosas. Emocionadas.

Un día en Almería. El pueblo entero, en maravillosa formación, sale a recibir a los asturianos. La Guardia de Asalto, el Cuerpo de Carabineros, desfilan ante ellos rindiéndoles honores. Almería está en fiesta porque los asturianos han sido libertados.

Banquete... Discursos... Himnos... Puños en alto.

El enemigo ha sufrido un gran descalabro.

¿Cómo desquitarles de él? Durante dos días envió su aviación, que dejó caer bombas de gran tamaño sobre la población civil indefensa de Castell de Ferro.



Talleres ESPASA-CALPE, S.A, Ríos Rosas, 26 – MADRID